

LOS SEXOS BIOLÓGICOS VS. LOS SEXOS POLÍTICOS

POR XABIER LIZARRAGA

"Pasar de la diferencia a la desigualdad constituye un paso del plano cualitativo al plano cuantitativo que representa un abuso y conduce efectivamente a una forma de racismo sexual."

Odette Thibault

Aunque fue Freud quien oficializó la famosa y acientífica sentencia de "anatomía es destino" (real en sólo una ínfima cantidad de casos), no fue él quien levantó la barrera que puede a veces parecernos infranqueable, entre la mujer y el hombre: *la especie Homo sapiens segmentada en dos contingentes que se desconocen, se enfrentan y se combaten, se buscan porque se necesitan más de lo que imaginan y menos de lo que socialmente institucionalizan, se alian y se traicionan constantemente, se manipulan, toleran y condicionan.*

Basta lanzar una mirada sobre la historia, como un ave que busca perspectivas alejándose del paisaje, para comprobar que entre el hombre y la mujer se han levantado barreras impidiendo la comunicación y el conocimiento (propio y de los demás), así como determinando relaciones de poder en una estructura social de jerarquías complejas. Una política que calienta la cama, la hamaca o el petate; que hace uso de la silla, la mesa, el machete y el azadón o la coa; que va a la oficina o al mercado y camina por la calle, por los caminos de tierra y por las playas; que se ofrece en cada mercancía del comercio y

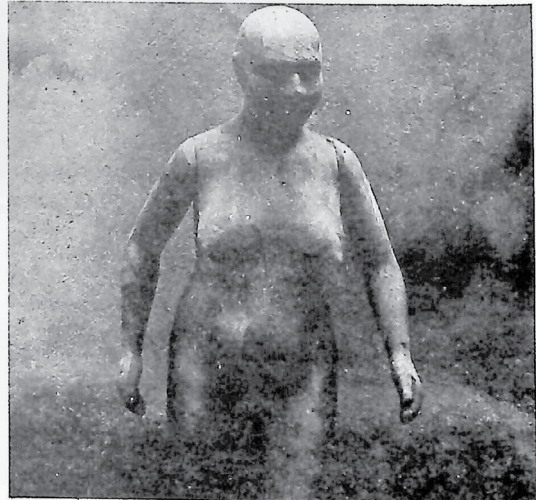
en los espectáculos; que desborda los *mass media*; que tragina en las cocinas y guarda el calor de las fogatas y los hogares. . . que ha sido bautizada con el nombre de "familia", "escuela", "trabajo", "iglesia". . . Una *política sexual* que muestra como credenciales unos genitales externos registrados en un archivo de deberes.

En la Biblia, por ejemplo, es Adán el primero en aparecer en la escena de la historia humana (historia judía), después de una larga obertura de luces y sombras, tierra, viento y agua, plantas y otros animales. Adán "hecho a imagen y semejanza de Dios", y Eva, oculta detrás de unas hojas, aguarda hasta ser creada a partir de una costilla de quien, anatómicamente, en un principio debió ser un Adán contrahecho (doce costillas de un lado y trece del otro). Pero ¿a imagen de quién fue creada Eva? En ninguna parte se da una respuesta a esta obvia pregunta: finalmente, para el patriarcado, es importante explicar al hombre (sexo masculino), mientras que explicar a la mujer lo es secundario y en virtud de lo que el propio hombre pueda obtener como beneficio. Ese dios, indiscutiblemente es de sexo

masculino, y será a través de María, como vehículo, que en el Nuevo Testamento llegará a materializarse en otra figura masculina: Jesús, rodeándose de una corte masculina de apóstoles. . . con mujeres al margen, como quien le secará el rostro durante el camino al Calvario y quien fuera salvada de una vida censurable, por prestarse al juego económico y exigido de los hombres.

En el Korán, por su parte, Alá que es Alá sin necesidad (por imposible) de explicación, como lo son el propio Jehová y Tao en China, tiene asimismo voz audible

entre los hombres, a través de su profeta Mahoma, y éste, un harém de figuras femeninas que para el Islám carecen de trascendencia, aunque haya sido por su primera esposa, la rica viuda Khadidja, que consiguió salir del anonimato de la pobreza y ser escuchado. El patriarcado, ante las evidencias de las injusticias que impone, tuvo que crear la lamentable frase de que "detrás de cada gran hombre hay siempre una gran mujer". Con ella, reafirma la necesidad que tiene de la institución matrimonial y subraya el valor de segunda categoría



atribuida a la mujer. La masculinidad y la economía, en el juego del poder, con la mujer, entre los árabes, oculta tras ventanas con celosías y por los velos de su indumentaria: un cuerpo utilizable que no debe tener una presencia física por sí misma.

Del mismo modo en Grecia y en Roma, con sus notables diferencias, Zeus o Júpiter es la andromórfica imagen del poder, de la fuerza, de la divinidad que ocupa el vértice del triángulo jerárquico: un dios trocante, dios supremo y dios conquistador que usurpa el trono a través del parricidio y toma, para su placer, para su uso a mujeres (diosas y mortales) y a jóvenes de

uno y otro sexo, como paladín y modelo que es del cazador sexual que socialmente *se espera* sea todo aquel que posee entre los muslos un pene y dos testículos. Hera o Juno sólo será esposa, diosa del matrimonio y de la reproducción, madre y mujer celosa, colérica, vengativa y traicionera, nunca amante libre dueña de su propia existencia. Pallas Athene, que nace de la cabeza por su fuerza y a través de la indumentaria que los hombres consideran como exclusiva de ellos mismos: el casco, el escudo y la lanza. Como diosa de la guerra, enemiga de Ares o Marte, logra imponérsele en función de ser también la diosa de la sabiduría, repre-

sentando los intereses del saber masculino mediante el mismo transvestismo que la caracteriza. Como en algunos pueblos de América del Norte, la mujer puede aspirar a un mayor estatus a través de adoptar roles masculinos; y en este caso, mayormente justificado por su nacimiento directo del dios.

En el área Mesoamericana, con un poco más de realismo, es una mujer la que se yergue como diosa-madre en la punta del triángulo jerárquico, la terrible Coatlicue, quien sin embargo, para el patriarcado, debe morir para que el poder recaiga en el hombre (¿es el paso del matriarcado al patriarcado que tanto intrigó a Bachofen o el matriarcado es sólo un mito teórico científico como aseguran algunos autores como Françoise Héritier?). Coatlicue muere a manos de uno de sus hijos, instigado por una hermana: la serpiente penetra (¿freudianamente?) en el cuerpo de cualquier Eva para tentar al macho y apoyarlo en su ascendente carrera de dominio (Electra o el hembrismo), arrodillándose después sumisamente ante su imagen... débil, peligrosa, inestable, como animal que envidia la anatomía del hombre (sic), animal castrado, y culpable de cuanto rasgo considere reprochable la sociedad de los hombres: sea la homosexualidad, el alcoholismo, la drogadicción, la obesidad, la esquizofrenia, etc. Freud, como tantos otros, cosechó nuevos argumentos para variar las explicaciones que le son necesarias al sistema patriarcal, con la bendición de la cientificidad, cuando Dios se vuelve Ciencia. No es extraño, por tanto, que Kate Millet afirmase que el patriarcado siempre tiene de su parte a Dios. Freud, como tantos otros insignes científicos, a la par que revoluciona concepciones, revierte la cien-

cia sobre los marcos imprescindibles al sistema: siempre se utiliza el mismo caldero. Freud agrade a lo instituido, al tiempo que lo auxilia a través de nuevos argumentos, posibles justificaciones.

Pese a todo, resulta frecuente que la gente muestre extrañeza cuando se plantea, aún desde perspectivas biológicas, el carácter político de la sexualidad. Primero, en función del dimorfismo sexual de la especie: la existencia de dos sexos (al anular los matices del *continuum*), que pueden ser reproductivamente complementarios; después, en virtud de la *polimorfía* de la expresividad, que el propio Freud reconoce, pero que valora según una moral temporal como *perversa*: la gran diversidad de conductas, preferencias y medios a través de los cuales cada individuo puede manifestarse como sujeto sexual.

Pretender negar que existen diferencias entre los sexos, desde un punto de vista biológico, resulta tan absurdo como cerrar los ojos para negar que el día y la noche son dos sucesos que se suceden en el tiempo, que comparten ciertas características como fenómenos y se especifican por otras. Negar diferencias en la sexualidad intraespecífica es negar, asimismo, al propio ser humano como ente biopsicosociocultural. Restringir o limitar, desde la ciencia, la sexualidad a la genitalidad, supone limitar el quehacer científico al marco de las exigencias de un sistema sociopolítico. Como expresara alguna vez Paul Gebhard, el conocer la realidad es más importante que complacer a un sistema social: la objetividad acerca de lo existente vs. la subjetividad que le es útil a una institución social.

La reproducción, argumento primigenio de tales actitudes de desigualdad entre los sexos, pone de manifiesto la posible comple-

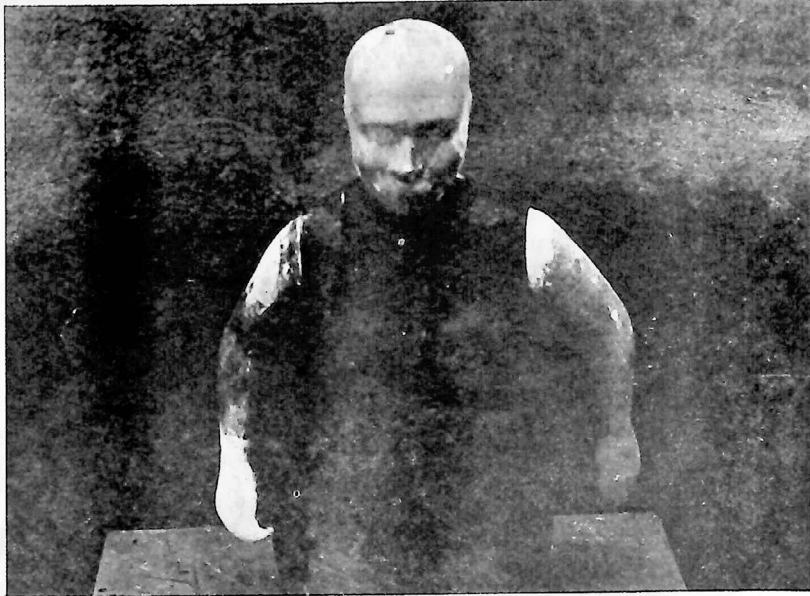


mentaridad biológica del dimorfismo sexual, a través de la fusión del óvulo con el espermatozoide. No obstante, como realidades complejas, las diferencias sexuales, tanto biológicas como sociales, alcanzan proporciones enormes, determinando diferencias vitales en el seno de los cuerpos sociales, que se significan políticamente.

Las diferencias en lo biológico cambian, más significativamente, a través de procesos evolutivos, determinando la diversificación de las especies en el *tempo evolutivo*. Las diferencias políticas se mueven a mayor velocidad, en virtud de verificarse en un tiempo más reducido, es decir, la existencia de una especie, el *tempo histórico*, que se reduce como impulsado por una fuerza acelerativa: la cultura.

Desde las primeras formas biológicas en las que encontramos caracteres sexuales identificables (especies hermafroditas o dimórficas) hasta el *Homo sapiens*, han transcurrido millones de años y un sin número de cambios evolutivos que complejizan y diversifican la vida sexual en la Tierra. En ninguna de estas especies lo sexual ha dejado de significarse por su función reproductiva (consideradas como poblaciones que subsisten), pero tampoco ha sido siempre, en todos los individuos de cada especie, una actividad reproductiva o exclusivamente reproductiva. Del mismo modo como los genitales y las formas de fusionarse las células germinales femeninas y masculinas han sufrido modificaciones a lo largo de la filogenia, las relaciones sexuales también han cambiado, no sólo en cuanto a formas de acoplamiento o inseminación, sino de significación.

En las especies más evolucionadas, las últimas en aparecer en el escenario vivo, los mamíferos, la sexualidad ha recorrido una



larga y bastante rápida historia de cambios hacia la complejidad expresiva que, en el ser humano, no puede dejar de significarse políticamente al adquirir valor social como reguladora de relaciones interindividuales.

Así, por ejemplo, ya en los primates más evolucionados, los procesos hormonales van perdiendo su carácter determinante de la excitabilidad, al tiempo que el *cortex cerebral* se responsabiliza, en forma prioritaria, de la actividad sexual. Al desaparecer los períodos de celo en las hembras, determinando que sean sexualmente receptivas todo el año, se abren las posibilidades hacia una enriquecida expresividad sexual, sin imponer limitaciones a la experiencia orgásmica fisiológica, en función de la reproducción. La actividad hormonal deja de regular el comportamiento sexual para regular básicamente las posibilidades de embarazo, en función de ciclos de ovulación en las hembras y la elaboración de material espermático para la inseminación en los machos.

El ser humano, como especie omnívora, creador de

cultura y que necesariamente vive en un contexto social, encuentra formas (políticas en última instancia: *zoon politikon*), a través de las cuales mantener ciertos satisfactores de sobrevivencia, estableciendo sistemas, más allá de lo puramente biológico, que aseguren el contacto entre los individuos de uno otro sexo y, con ello, aseguran una reproducción de la fuerza de trabajo. Ya se ha repetido, de una y mil formas, el importante papel que juega el trabajo, como mecanismo consciente mediante el cual nuestra especie se significa como tal, determinando que no sólo se utilice al resto de la naturaleza en beneficio de los miembros de la especie, sino que se busque optimizar su uso y transformarla, al tiempo que el propio ser se transforma a sí mismo: política de uso, de explotación, de transformación.

Ya desde otras formas primate, la organización grupal muestra sectores poblacionales que, como en las sociedades humanas (pe-se a las diferencias específicas), se distribuyen

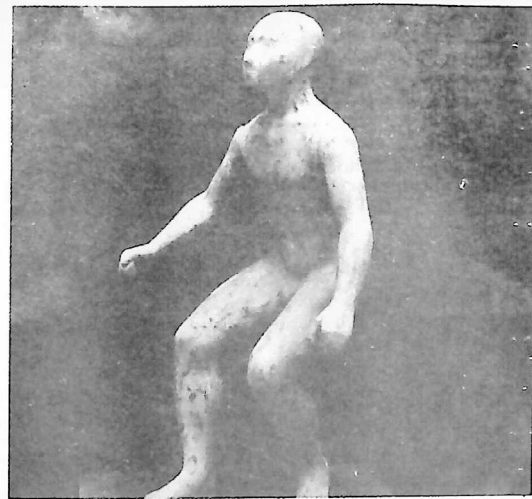
en sexos y edades: v.g. un bloque de machos adultos, uno de hembras adultas y jóvenes, otro de cachorros de uno y otro sexo que son dependientes, y otro más de machos jóvenes que, por regla general, se mantienen periféricos al grupo social. En tales agrupaciones primate podemos encontrar algunas diferencias, por especie, en relación a las jerarquías, los estatus y los roles de los miembros; comprendiéndose la diferencia de roles sexuales en virtud de la inversión parental (preocupación y cuidado de los más jóvenes) que, en el caso del *Homo sapiens*, puede, y de hecho así sucede, manifestarse en muy diversas y efectivas formas, sin que un rol, característico de otros primates, justifiquen roles humanos estereotipados, según el sexo, por considerarse naturales, instintivos o evolutivamente determinados.

Así, por ejemplo, entre los macacos japoneses, el estatus de los machos adultos parece depender, en gran medida, del que posee o poseía la madre; mientras que en otras especies depende, mayormente, de una imposición a través del

enfrentamiento físico: el dominio por la fuerza y/o la estrategia conjugada de algunos individuos para derrocar a otros. Sin embargo, en tales organizaciones no encontramos relaciones mayormente estables de tipo familiar, a no ser la relación madre-hijo durante la infancia. La organización familiar (nuclear, extensa o de cualquier otro tipo) podemos concebirla como una creación netamente humana, ligada al trabajo, dentro de un contexto de sociedad de jerarquías. Los ejemplos de *pareja permanente*, que observamos en otras especies, como por ejemplo algunas aves, o de *poligamia permanente*, v.g. los leones, no podemos considerarlas como reales organizaciones sociales de tipo familiar (aunque pudieran ser sus remotas raíces evolutivas), dado que no existe una interacción entre un grupo reproductivo y otro de la misma especie, y menos aún, relaciones de tipo económicamente productivo. Existe entre ellas y la institución familiar humana la misma distancia que separa al llamado *altruismo paternal* y *intersexual*, del *altruismo social*.

De hecho, la relación política, y la sexualidad polimórfica como factor de ella, se determina a partir de una hominización, en la que

se conjugan un gran número de variables, tales como una evolución y complejización neurofisiológica que capacita a los individuos para la abstracción, la asociación y la reflexión, así como pone de manifiesto conductas conscientes y actos volitivos y la utilización práctica del devenir, con el manejo abstracto y simbólico del tiempo (la idea de pasado, de presente y de futuro); un grado de desarrollo neurofisiológico que llega a permitir la comunicación, no sólo entre los individuos en un tiempo presente, sino intergeneracional, a través de lo cual transmitir la experiencia; un dimorfismo sexual notorio (aunque podemos hablar de polimorfismo en virtud de un *continuum* biológico del sexo) que exige, para el logro de la reproducción, la identificación de los sexos como unidades no opuestas, sino operacionalmente complementarias; una anatomía especializada para el desarrollo de actividades de precisión y acciones simultáneas (dedo pulgar oponible, vista estereoscópica, centros cerebrales especializados, locomoción bípeda, etc.); una variabilidad biológica que auxilie en un alto grado a la adaptabilidad al medio ambiente; una plasticidad comportamental que también determina un enri-

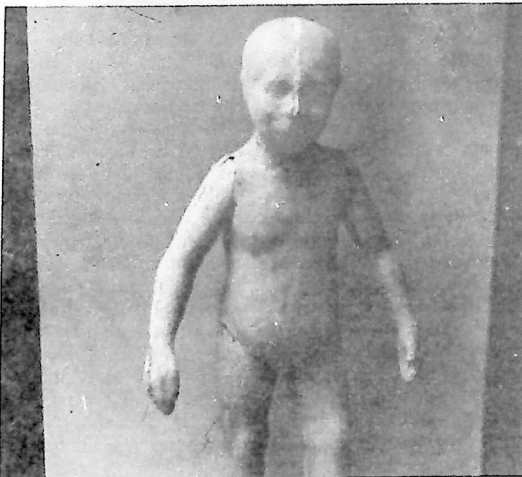


quecimiento de las posibilidades adaptativas, a través de procesos creativos y renovadores de la relación *ser vivo-medio ambiente*; una dieta amplia y modificable (omnívora) que amplíe las posibilidades de utilización de los recursos nutricionales en los muy diversos medios ambientes, facilitándole a la especie su expansión geográfica; etc.

Todo ello exige, indiscutiblemente, una normatividad social de las relaciones, a través de códigos asumidos (contra todo deseo anarquista) por los miembros del grupo, así como el establecimiento de ciertos roles a desempeñar en el concurso social, según aptitudes o en función de intereses concretos para la satisfacción de necesidades. Sin embargo, como se ha venido apuntando, al establecerse relaciones de poder en la organización social, los intereses de unos cuantos individuos no siempre responden a una efectividad de las aptitudes, ni a los intereses de grupo social. De hecho, la división del trabajo por sexos y edad, necesaria en un primer período de la historia humana, con el transcurso del tiempo y en relación a los logros adaptativos alcanzados por las distintas poblaciones, dejan de ren-

dir eficazmente, convirtiéndose, por su rigidez, en obstáculos. A ello, cabe agregar que, en el seno de un sistema sociopolítico masculinizante de las objetivos sociales, *machista* en una palabra, los trabajos así divididos (por sexos y edades), se ven valorizados como "intrascendentes", "útiles", "necesarios", "importantes", "prestigiosos", etc., cambiando de valor social, generalmente, cuando por una u otra razón pasan de ser "propios" de un sexo a serlo del otro o bien se comparten. No podemos perder de vista que, por ejemplo, la docencia, al ser "también una actividad "propia" de las mujeres desmerece en cuanto a su significación social y al estatus de prestigio que antes tuviera: ¿o es que no existe diferencia, para el grupo social, entre lo que significaba un "mentor" y lo que hoy en día es ser "profesor" o "educadora"?

Si bien en un principio "lo masculino" y "lo femenino", definidos por la morfología externa y la reproducción, se complementan más allá de ésta última, en función de la dieta: el hombre aporta las proteínas animales a través de la caza y la mujer las proteínas vegetales mediante la recolección y posteriormente la



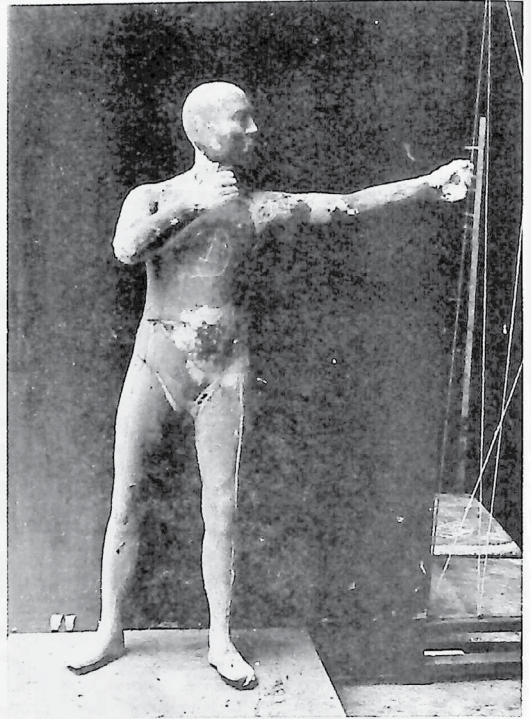
agricultura; después de un complejo desarrollo de la organización social, posterior sin duda a la revolución neolítica, tales dimorfismos sexuales del comportamiento se estereotipan en virtud de una política de dominio: el equivocado establecimiento de valores diferenciales por sexo, según una tabla rasa que mide a partir de la masculinidad. Los roles sexuales, necesarios para la sobrevivencia grupal no justifican una frase, más categórica y peligrosa que la sentencia freudiana, expresada por Wilson, quien afirma que en la anatomía van impresos los roles de una división sexual del trabajo. Si bien es cierto que desde cierta perspectiva sus argumentos sustentan su afirmación, el hecho de que existan aptitudes diferenciales, no implica un determinismo biológico de roles ni una rígida y necesaria división del trabajo por sexos, ya que, como se expresará posteriormente, las diferencias se explican como diferencias de los umbrales responsivos. De hecho, los roles sexuales, no siempre coincidentes en las diversas sociedades, se transforman en mecanismos sociopolíticos que segmentan a la población en dos sectores desiguales: un dominador y un dominado, "lo activo" y "lo pasivo" como polos, que son más ficticios que reales. A partir de ese momento, cuando la cultura puede modificar presiones biológicas, las tradiciones obstaculizan determinando que *lo eficaz se vuelve injusticia al perpetuarse más allá de lo que lo significa como útil y necesario.*

El ser humano, que a través de la magia y de la religión, ha buscado explicaciones sobre sí mismo, más concretamente sobre su origen y lo que llama "su naturaleza", sólo se ha planteado, y ésto recientemente,

preguntas en torno a *qué es ser mujer y qué es ser hombre*, dentro del polifacético marco de la ciencia y la filosofía. La mujer, históricamente aceptativa de su condición social, como lo es el hombre de la suya, y presuponiendo que lo es por "naturaleza", debió abrir la puerta a las interrogantes para defenderse de sus propias concepciones que la limitaban, y consolidando, aislada y organizadamente, una actitud feminista en el sentido estricto del término. El hombre, en muy contados casos, intenta apartarse del favoritismo histórico que lo erige como sujeto frente al "objeto" femenino, con intención de comprender la realidad.

En el terreno de las ciencias sociales se empiezan a cosechar un nutrido conjunto de saberes, frutos de la observación, el análisis, el replanteamiento teórico, la autocrítica social, etc. Por su parte, el estudio de lo biológico también obtiene sus cosechas, y finalmente el conocimiento debe oponerse a lo institucional, a través de la evidencia. Ahora bien, frente a las evidencias se levantan falacias, muchas veces "bienintencionadas", que apuntalan a las instituciones, dado que ninguna ciencia es, *per se*, objetiva o subjetiva, sino que esto depende de quien en ellas se desenvuelva, dónde, cómo y por qué lo hace: política científica.

Freud y más recientemente la sociobiología wilsoniana, en forma muchas veces opuestas, son dos claros ejemplos de parcialidad de determinismo (ambientalismo y biologicismo) y del vicio histórico que establece equívocos interpretativos de una realidad, vista a través de la lente de un condicionamiento histórico (ideológico), que anula los continuos en que se expresa lo real, manejando elementos discretos y polaridades. Y en esencia, partir de una concepción binominal o bimór-



fica, de lo que en realidad es un *continuum* polimórfico y multifactorial, supone partir del error. Gran cantidad de "verdades" no son más que la aparente explicación de algo que se nos presenta como indiscutible, deformada por la propia perspectiva del planteamiento inquisitivo e interpretativo, y que impide descubrir el error porque en él estamos parados.

"Lo femenino", al incrementarse los trabajos en genética, se explicó apresuradamente por la doble presencia del cromosoma X, al tiempo que "lo masculino" lo fue por la presencia de Y. Desde la endocrinología también se dieron explicaciones en este sentido: andrógenos y estrógenos asociados a los conceptos de "lo activo" y "lo pasivo" respectivamente. En neurología no ha dejado de buscarse lo mismo. El nativismo conductual y el ambientalismo freudiano psicoanalítico han cumplido

con las mismas premisas, apoyándose prioritariamente en el dimorfismo genital externo y en una concepción de la libido desde la perspectiva masculina del deseo y del orgasmo, así como de la complementariedad biológica del hombre y la mujer como entes reproductores. Sin embargo, los descubrimientos recientes en las diversas áreas de investigación, niegan poco a poco las concepciones simplistas.

De hecho, la mayoría de las diferencias sexuales, más que innatas son el producto de una historia y de la interacción de un infinito número de factores, tanto biológicos como socioculturales, que deben ser explicados, independientemente de lo que la tradición cultural imponga como punto de partida: lo que podríamos llamar, en forma de homenaje, *principio Gebhard* de la investigación científica.

Desde una perspectiva distinta, feminista o si se quiere no masculinizante y

falocéntrica, el estudio de lo que es *ser mujer* y lo que es *ser hombre* (más allá del terreno del *deber* en una sociedad en particular), no debe partir, equivocadamente, de una negación de las diferencias, sino de su detección o de asumirlas en su significación real.

Los cromosomas X y Y son estructural, bioquímica y funcionalmente distintos, por lo que los productos de sus codificaciones deben ser distintos, pero "la feminidad" y "la masculinidad", concebidas como *comportamientos tipo*, no dependen, esencialmente, de ellos, dado que no imponen conductas fijas (como pretendería una conceptualización instintivista del comportamiento). Como sabemos hoy por hoy, todo cigoto comienza por desarrollarse, durante la ortogénesis, en igual forma, hacia un proyecto de realización final de fenotipo femenino, contenga XX o XY. Alrededor de la sexta semana, la presencia de Y, codificador del Antígeno Hy, en virtud de un gene localizado en la zona pericéntrica de uno de sus brazos largos, impone un cambio de dirección hacia la diferenciación sexual masculina. Las hormonas, entran en juego inhibiendo los conductos de Müller de los que se debían desarrollar las estructuras uterinas y la parte superior de la vagina, así como activan a los conductos de Wolff, responsables de la conformación de los testículos y de otras estructuras genitales masculinas. La hormona inhibidora de los conductos de Müller, por una parte, y los andrógenos, por otra, particularmente la testosterona —que no puede actuar si no se encuentra presente la proteína citosólica nuclear receptora de andrógenos, codificada por un gene en el *Locus TFM* de uno de los brazos largos del cromosoma X, detriminan el cambio de rumbo de la ortogénesis ha-

cia la masculinidad genital y fisiológica.

¿Cómo podrían los estrógenos ser los responsables de conductas socialmente calificadas como "femeninas", si son los andrógenos los que determinan el cambio de dirección del proceso hacia lo que podemos llamar la masculinización fenotípica del producto? Como varios autores aseguran: ser hombre es ser mujer transformada por efecto de las hormonas. ¿Es tan grande la distancia, entonces, aún entre los extremos reproductivamente complementarios del *continuum* sexo? Asimismo, los andrógenos sólo parecen significarse como responsables, comportamentalmente, de umbrales más altos o más bajos en relación a ciertas aptitudes que los roles sociosexuales han exagerado.

De hecho, la mezcla prenatal de las hormonas sexuales no anula funciones ni determina otras distintas creando dimorfismos, de tal magnitud, que pudieran justificar las concepciones de "*sexos opuestos*", "*sexos necesariamente complementarios*", "*sexo bello*" y todas aquellas manifestaciones del sexismo imperan-

te. Consecuentemente, los "comportamientos pasivos y activos" (sic), impuestos a la mujer y al hombre respectivamente, intentan reflejar, en forma simplista y manipuladora, una realidad biológica, en gran medida relativa: el que por ejemplo, ante la presencia de altos niveles de andrógenos se pueden manifestar actividades físicas rudas o más actividades de este tipo durante períodos largos. Sólo en fuertes pruebas de resistencia se expresan como determinantes de diferencias de alguna forma significativas. Los andrógenos, indudablemente que influyen en la potencialidad responsiva, y ningún planteamiento feminista serio, más allá de algunas actitudes de las viejas sufragistas, concibe que la igualdad social suponga someter a la mujer o al hombre a actividades que no puede realizar (levantamientos de pesos exagerados, lactar, inseminar, etc.) o que requieren de un esfuerzo tal, que atenta, primero, en contra de su organismo, y segundo, de la efectividad de la acción, tornándola relativa o nula.

La realidad es que los niveles hormonales diferenciales determinan umbrales responsivos altos o bajos,

que requieren de estímulos de mayor o menor intensidad, para que la respuesta se manifieste o resulte efectiva. En definitiva, ni "lo activo" ni "lo pasivo" son una exclusividad biológica de uno u otro sexo, ni califican atinada, y menos descriptivamente, los comportamientos encasillados en roles genéricos, sólo caricaturizan valorativamente a los sexos en función de una mayor fuerza muscular en el hombre y un desgaste físico en la mujer durante los procesos de ovulación, embarazo, parto y lactancia, desde la perspectiva socioeconómica de una mayor explotación de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, los niveles hormonales, aunque son diferenciales entre los sexos, también fluctúan entre los individuos de un mismo sexo (sin determinar direcciones comportamentales rígidas o estereotipadas) y aún en un mismo individuo, no sólo a lo largo de su ontogenia (el paso de la infancia a la llamada "adolescencia" y del estado de "madurez" al de "vejez"), sino en función de diversas variables, como los estados anímicos, las exigencias y los mismos condicionamientos sociales (lo que no implica postular razones de tipo conductista como explicación de los comportamientos sexuales). No podemos olvidar, además, que un gran número de mujeres, por ejemplo, poseen una fuerza física mayor a la de otro nutrido número de hombres, ya que ésta también depende, más allá de la anatomía, por el hecho de ser fenotípica, del medio ambiente en que el individuo se desarrolle y de las exigencias que éste le determina. El desarrollo muscular y la fuerza, como tantas otras aptitudes, no sólo se establece en función de un programa biológico (aunque los somatotipos sean inmodificables), sino por el ejercicio que estimula su expresividad. El hecho mis-



mo de que la mujer posea, según parece irse demostrando, una "mayor" aptitud, dado umbrales más bajos, para el análisis lingüístico, por ejemplo, no implica, tampoco, una superioridad de ésta frente al hombre, ni una efectividad femenina mayor, generalizada, en tareas que requieren de tales aptitudes.

Los innumerables equívocos que a lo largo de la historia han establecido las barreras entre los sexos, carecen de una biología explicativa, o por lo menos, las explicaciones biológicas que por lo general se han dado, no son determinantes, a grados tales, como para justificar la polaridad social de los sexos y los comportamientos.

Sin embargo, no es difícil comprender que se hayan establecido tales desigualdades (lo que no implica justificar que persistan), así como al consolidarse, se hayan asumido como inevitables y aún como "naturales". De hecho, las ideologías tampoco son producto de una voluntad repentina, individual y casual implantada burdamente a través de los puños, valga la metáfora. En la observación empírica de lo que a los seres nos rodea se arraigaron los principales equívocos que, tiempo des-

pués, pueden ser desenmascarados a través del conocimiento objetivo. Tales razones de la existencia de los roles, no obstante, y como ya se expresó, sólo son temporales y parciales, dependiendo de las variables que entran en juego. Sin embargo, la ciencia, o más justamente los científicos, han seguido apoyando, consciente o inconscientemente, las desigualdades útiles a un sistema político de explotación, en virtud de que han observado reales diferencias sin saberse explicar sus reales significados.

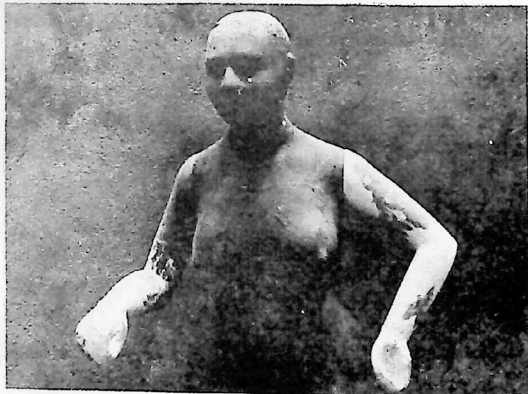
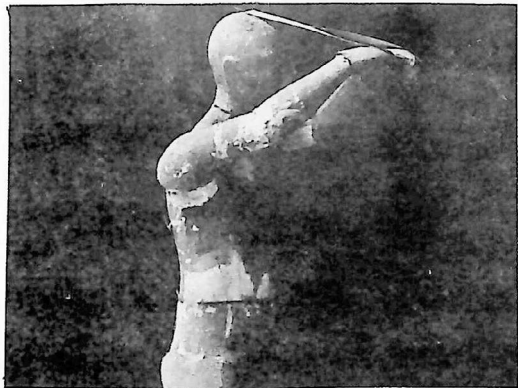
Freud, enclavado en una ideología concreta, como tantos otros científicos, fue incapaz de apartarse lo suficiente de lo que son falacias para comprender las contradicciones entre lo real y lo determinado históricamente (biología vs. tradición, cultura, ley, etc.). Sus estudios, por poner un ejemplo, sobre sexualidad femenina, distan tanto de la realidad como distan de ella los estudios sobre comportamiento animal, que pretenden llegar a conclusiones generales y definitivas, estudiando a éstos fuera de sus ambientes naturales, con muestras estadísticas insuficientes y sesgadas. Es imposible determinar las características específicas de la sexualidad femenina a través de la

muestra utilizada por Freud: mujeres de cierto estatus socioeconómico que acudían a él, psiquiatra, en busca de ayuda profesional, movidas por una depresión, angustia, temor, etc. Las mujeres esquizomales, bantúes, amazónicas, etc., aún de su tiempo, distaban mucho de manifestar los mismos comportamientos y expresar iguales experiencias. Y sin embargo, Freud es sólo un ejemplo y son innegables sus aportaciones como revolucionador del estudio psicológico y comportamental.

Desde muchas otras corrientes, ciencias y teorías se han cometido errores semejantes y sólo a través de un mayor número de investigaciones, con planteamientos que limpien viejos postulados e hipótesis de rasgos ideológicos concretos y particulares, podrá iniciarse un verdadero estudio de las diferencias para el logro de una optimización de las mismas, anulando desigualdades sociales que caracterizan una política sexual tendenciosa. Si los resultados obtenidos por científicos como Masters y Johnson son aún incompletos y susceptibles de un gran número de mejoras, aún y cuando las variables fisiológicas son más fácilmente controlables ¿qué po-

demos esperar de un saber, sobre lo que es "ser mujer" y "ser hombre", cuando éste parte de una perspectiva errada y parcial: la masculinidad preponderante como rasgo característico de las instituciones y las expectativas sociales? Frecuentemente la investigación social, y esto es un hecho ampliamente reconocido, cae en errores graves por una tendencia etnocentrista de los postulados iniciales de la investigación; la antropología en general, no se ha salvado de caer, innumerables veces, en el antropocentrismo, y prácticamente ninguna investigación sociológica, antropológica, psicológica, biológica, etc. se ha percatado de que están fuertemente viciadas de un falocentrismo deformante. Con ello, desde el arranque, se establecen los equívocos, que sólo a través de un análisis de la política sexual impresa en las acciones, pueden ser desenmascarados.

La biología y la cultura, en sus más amplias acepciones, son elementos interrelacionados, la biología de los sexos y la política sexual son factores muchas veces confundidos, a partir de una desigualdad y una imposición de intereses en busca de una explotación intraespecífica e intersexual.



BIBLIOGRAFIA:
 Alvarez-Gayou, J.L. y col. *ELEMENTOS DE SEXOLOGIA* Ed. Interamericana, México. 1979.
 Monney, J. y P. Tucker. *ASIGNATURAS SEXUALES* Ed. A.T.E., Barcelona. 1978.

Wilson, Edward O. *SOBRE LA NATURALEZA HUMANA* Fondo de Cultura Económica, Col. C.P. 187, México. 1980.
 Sullerot, Evelyne. *EL HECHO FEMENINO* Ed. Argos Vergara, Barcelona. 1979.
 Millett, Kate. *POLITICA SEXUAL* Ed. Aguilar, México. 1968.